

# BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS.

DE CADIZ.

---

## LAS CORRIDAS DE TOROS ANTE LA HIGIENE.

### II.

Una vez demostrado que las corridas de toros pecan contra la Higiene pública bajo el concepto de lo que se refiere á la Bromatología, nos queda que manifestar, segun se deja indicado al principio, que aquella ciencia las rechaza por cuanto respecta al triple aspecto de la Gimnástica, de las Profesiones y de la Perceptología ó sea lo relativo á las buenas costumbres.

En efecto; segun la profunda y acertadísima definicion del Sr. Amorós, la gimnástica es *«La ciencia razonada de todos nuestros movimientos, de sus relaciones con nuestros sentidos, con nuestra inteligencia, sentimientos y costumbres;»* por lo tanto, todo ejercicio que repugne á los sentidos, que se halle en antagonismo perfecto con una inteligencia sana, que ataque los más delicados sentimientos de un corazon elevado y susceptible ó á lo ménos no embotado todavía por el contacto continuo del vicio y que choque ó pervierta las costumbres más suaves y arregladas á moral, debe ser, y desde luego lo es, rechazado y anatematizado por el *arte de conservar la salud*.

Y como no creemos, ni aun debemos suponer, que el nivel moral del pueblo español haya descendido hasta el punto de que á sus sentidos halague, ó por lo ménos no repugne, la vista de animales útiles, que, enfermos é indefensos, se revuelcan en su propia sangre, con las entrañas despedazadas, sostenidos en una lucha imposible é inhumana aun en medio de una cruel agonía; que sus oídos se solacen con los ayes del dolor, los bramidos del coraje, y las palabras obscenas y bárbaras que,

Diciembre 1.º, 1878.—Tomo V.—Núm. 11.



en el ardor de la inculta fiebre, se pronuncian; como tampoco creemos, que las inteligencias, por limitadas y obtusas que sean, pueden aceptar como espejo de moral social y modelo de sentimientos levantados y viriles ó ejemplos de costumbres honestas y decorosas las escenas de una plaza de toros; como no es posible, repetimos, admitir nada de esto, siquiera sea como hipótesis, sostenemos que las fiestas taurinas se hallan en abierta oposicion con los sanos principios de la Higiene y que deben ser ineludiblemente proscritas de entre las diversiones populares.

Además exige la Higiene que los ejercicios gimnásticos ó diversiones que se ofrezcan al pueblo para favorecer el perfecto desarrollo de su organismo y procurar á la vez un solaz honesto al espíritu, presenten todas las garantías posibles de seguridad; porque es claro que, teniendo esta ciencia por principal objeto la salud pública, ha de aconsejar y ordenar las precauciones más severas y necesarias para garantir la integridad orgánica del individuo; y ha de condenar unas fiestas que ofrecen frecuentes ocasiones y maneras diversas de producir en los espectadores y en los autores, cuando no la muerte misma, lesiones graves, tales como heridas profundas, fracturas, luxaciones etc. Por esta razon la Higiene declara las lides taurinas, fuera del número de los ejercicios gimnásticos tolerables y convenientes, excluyéndolas de entre las públicas distracciones.

Pudiéramos citar todavía como motivos suficientes y razones poderosas para su abolicion, la estacion del año en que se celebran, las horas del día que se escogen para ellas, el local en que se verifican, la promiscuidad de sexos, etc., etc., circunstancias todas que constituyen otros tantos fundamentos sólidos en que apoya la Higiene su denegacion; pero sobre las cuales no insistiremos por no alargar más este ligero trabajo.

Como profesion se hallan tambien las corridas de toros, fuera del circuito que la Higiene traza á las ocupaciones ó *trabajos útiles y honestos* que son únicamente los que pueden ser considerados como *base de la subsistencia particular y por lo que se mantiene el equilibrio de la salud al par que tal vez se conquistan comodidades y riquezas.*

¿Reunen las lides taurinas algunas de estas condiciones que, segun la Higiene, ha de ofrecer toda ocupacion que merezca el nombre de *trabajo*? ¿Dónde están la utilidad y honestidad de



tales fiestas? ¿Son las citadas diversiones las más á propósito para equilibrar la salud? Como no sea el que llegue á guardar el torero mecido en el aire por las astas del cornúpeto, no vemos otro equilibrio en las corridas de toros.

Hasta la palabra *profesion*, que indica seguramente algo más elevado de lo que el vulgo atribuye á su acepcion, se convierte en un sarcasmo picante aplicada al toreo. ¿Por ventura puede compararse la práctica de este, con aquellas que nos ofrecen los adelantos de la ciencia, ó con aquellas otras que imponen una cierta ilustracion á las desheredadas clases sociales y cuyo ejercicio á veces á precio de la salud, de la vida y del porvenir de los hijos, arrastra á los hombres hacia lejanas regiones para llevar la luz vivificadora de la civilizacion ó los productos admirables del ingenio y el trabajo? ¿Puede abarcarse bajo una misma denominacion la obra que exige una laboriosidad notoria, un estudio asídúo y una constancia á toda prueba y la que sólo necesita un cierto grado de arrojo, una vieja costumbre y una barbarie suma? No; en el primer caso la ocupacion es grande, transcendental, santa: en el segundo todo es pequeño, lamentable y cruel: á aquella únicamente corresponde el nombre de *profesion*; á esta, el de *bajo comercio*.

Y que es cierto que la Higiene rechaza al toreo por las condiciones que demanda á los empleos humanos como ocupacion ó trabajo lo demuestra el hecho de no incluirlo entre las profesiones ni darle por lo tanto regla alguna para su más saludable ejercicio, ni su más benéfico influjo en la salud pública, toda vez que considera á las corridas de toros como diversion bárbara, *deshonesta é inútil* á primera vista.

Otra de las razones por las cuales decíamos que la Higiene rechaza estos espectáculos *populares*, elevados por una fatal costumbre á la categoría de *fiestas nacionales*, es la destruccion de los nobles sentimientos que encierra el corazon humano y como consecuencia de ella, el embotamiento moral y el desarrollo de feroces instintos entre los que citamos como principales la *combatividad* y la *destruictividad*.

Y en efecto; entre los instintos animales ocupa el primer lugar el que llaman los frenólogos *combatividad*, ó sea aquel mediante el cual nos hacemos provocativos, repelemos con la fuerza brutal las agresiones, nos molestan é irritan los obstáculos y ya por fácil exasperacion ó por temeraria imprudencia, arros-



tramos los mayores y más necios peligros; este instinto, como toda inclinacion natural, es bueno y hasta necesario circunscrito á sus verdaderos límites y constituyendo ese *valor* sensato y razonable que defiende la persona, la salud, el honor, la hacienda y aun la tranquilidad individual, familiar y social; pero cuando se le saca de los límites de la prudencia y se le dirige abusivamente, produce los arrebatos inconsiderados, las continuas y peligrosas pendencias, las luchas estériles y escandalosas y los males dolorosos é irremediables, que pueden llegar hasta la muerte en el individuo y la pérdida de la independencia en los pueblos.

Casi una consecuencia de este instinto mal dirigido, es el de la *destruictividad*, el cual, si bien aprovechado prudentemente y en tiempos y épocas determinadas, pudo producir los héroes y caudillos inmortales, en momentos distintos y con opuesta direccion dá lugar á grandes violencias y engendra los crímenes más espantosos. Su consecuencia casi forzosa, es la violacion de los más sanos principios morales y de las leyes más sencillas de la humanidad; y por tanto la lucha de individuo contra individuo, de clase contra clase, de pueblo contra pueblo, la guerra, en fin, con toda su espantosa cohorte de delitos y horrores. La comprobacion de esta verdad se hallará en la historia de todos los pueblos y en aquellos períodos de su existencia en los cuales la ignorancia y la barbarie han impedido el paso á la civilizacion y la moralidad, á la ciencia y la justicia.

Y es indudable que esos espectáculos de crueldad y dolor en los que la vista de la sangre, el estertor de la agonía, los sufrimientos más horribles y las escenas más repugnantes, se encadenan y desenvuelven para enaltecer el corazon con la tortura y habituarle á la insensibilidad y á la barbarie, son horrenda escuela en que los pueblos aprenden á matar impasibles y á destruir gozosos, aletargando la inteligencia con las aberraciones y la bestialidad y cegando en la conciencia las fuentes de la moral y de los deberes. El que se acostumbra á sacrificar placenteramente tras un horroroso martirio á seres que aunque fuertes por naturaleza, son impotentes ante la astucia, la premeditacion y la saña del rey de la creacion, armado de muleta y estoque, pica y rehilete, no es extraño que más tarde, ya embotados sus sentimientos con tales prácticas y oscurecida su inteligencia por las pasiones desenfrenadas y los vapores del vino juntamen-



te, haga á sus semejantes objeto de su rabia y las cosas más respetables asuntos de su ira y víctimas unos y otros de sus mortíferas habilidades y brutales instintos.

Así, pues, rechazamos, en nombre de la gimnástica higiénica, las *corridas de toros*; porque en vez de favorecer el desarrollo orgánico y conservar la salud, le exponen á peligros sin cuento amenazando con destruir á cada paso la integridad del cuerpo; como *profesion* la rechazamos igualmente, porque no se puede llamar así un modo de vivir que no ofrece fin útil y honesto, ni contribuye al cumplimiento acabado de las funciones vitales, ni de los destinos social y humano; y como *costumbre*, por ser escuela de malas inclinaciones y de perversos instintos, que aleja todo interés moral é impide los más importantes deberes, arrastrando al hombre á las más bajas y odiosas acciones en menzua, no ya de su propia fama, sino del decoro y dignidad de la patria frente á las naciones civilizadas.

Destruyendo al sér moral, hace del hombre una bestia sanguinaria presa digna de las negras jaulas de un presidio: y destruyendo el cuerpo, le hace repugnante pasto para los hospitales.

En tan desastrosas consecuencias como trae consigo las lides taurinas, halla su esplicacion la frase de Londe;—«En esos circos ensangrentados empieza la educacion del asesino;»—porque aunque parezca algo exagerada, la verdad es, que sino todo *taurófilo* ha de ser *criminal*; todo *criminal* si puede asegurarse que es *taurófilo*.

Habíamos prometido al empezar, decir algo sobre las fatales consecuencias que las *corridas de toros* originan á la industria y al comercio; pero la estension, que, apesar nuestro y por la riqueza de la materia, ha adquirido este trabajo, nos hace detener y ponerle fin, dejando para otra ocasion, si necesario fuese, continuar el desarrollo del tema. Baste decir, sin embargo, que aplicada la fuerza de tanto ser útil como se destruye por mero capricho en diversion tan horrible, á las operaciones agrícolas é industriales, se favorecerían los intereses materiales de la nacion y se contribuiría á la prosperidad y bienestar de España, pais esencialmente agrícola y por tanto industrial y mercantil al mismo tiempo.

Apesar de todo, conservamos aun la esperanza de que el mal se remedie; ¿y cómo no? sí, aunque á costa de grandes esfuerzos,



nuestra idea se abre paso!—Sí; nuestra querida patria, modelo de hidalguía y generosidad, aceptará las nuevas ideas y se dejará conducir al lado de las demás naciones de la sabia Europa por los anchos caminos del progreso: entónces se cumplirá la bella profecía del Sr. Burgos, formulada en las siguientes palabras:—*«De los espectáculos mencionados hay uno, (las corridas de toros) en que se arriesgan hombres, se destruyen animales, se endurecen los corazones, y que los progresos de la razon pública desterrarán más tarde ó más temprano.»*

Así será, segun la ley indefectible de la perfectibilidad humana.

SERVANDO A. DE DIOS.

## INAUGURACION OFICIAL

DE LAS OBRAS

DE LA PLAZA DE TOROS DEL PUERTO DE SANTA MARIA.

Cuando una obra se inaugura, es natural preguntar qué ventajas habrá de producir, ya terminada.

Ahora, en estos *felices* tiempos que corremos, al tratar de una obra inaugurada en medio del entusiasmo de los unos y de la dura crítica de otros; ahora, podemos casi exponer seguramente la misma, idéntica interrogacion.

Y decimos: ¿qué ventajas proporcionará al Puerto su nueva plaza de toros?

Porque han de ser muy grandes, ya que, solamente suponiéndolas tales, es posible admitir que haya cordura y sensatez en ver á una rica, importantísima poblacion que carece de puente para atravesar su rio, que ve cegarse éste lentamente y paga derechos monstruosos por usar unos muelles, que son suyos y con propio caudal fueron contruidos, que tiene calles numerosas sin madronas, y siente notable escasez de aguas potables en la ardiente estacion del verano, no habiendo aún completado el alumbrado de gas en su recinto; en ver á este pueblo que no ha tenido caudales para un ferro-carril que debía unirle con otros de la costa, dar prodigamente su dinero para la más inútil de sus necesidades, para construir un circo en que corra la sangre por placer, y pueda el pueblo degradarse ante crueles, terribles hecatombes.

El Puerto de Santa María ve levantarse su nuevo circo; ahora, cuando un extranjero pise su suelo, y, al pasear sus calles, note las grandes necesidades que presenta, quedará indudablemente satisfecho cuando por fin y término admire la nueva cons-



truccion. Es cierto que el puente quedará destruido, que las aguas sucias seguirán corriendo por sus calles: todo esto quedará oscurecido, casi olvidado: lo esencial, lo grande, lo importante existe ó existirá bien pronto: ¿acaso la tierra clásica de los toros podría existir sin un circo en que volver pudieran á adquirir fama notable sus renombradas lidias?

Imposible creerlo: si cada pueblo tiene lo que se merece, el Puerto es digno de lástima; sólo quiere sus toros, con su acostumbrado séquito de horrores.

Y los tendrá, sin duda; para ello no será obstáculo ni la crisis comercial que atraviesa su importante comercio, ni sus otras numerosas necesidades: cuando tenga lugar la primera corrida, no faltará un padre que gaste el pan de sus hijos por asistir al cruento espectáculo, aunque ocasione con ello la desesperacion de sus hijuelos, y el triste gemido de estos llegue á su endurecido corazon. ¡Pobre pueblo el pueblo que tal hace!

El Domingo 10 de Noviembre á las doce del día, numeroso concurso se agolpaba en el lugar donde existió la destruida plaza, en que debe elevarse el nuevo circo: allí, entre aquellos cimientos contruidos, sobre aquellas piedras ya sentadas, sólo reinaba alegría y esperanza: las obras, ya empezadas hace meses, se inauguraban (?) oficialmente.

Porque era preciso hacerlo así: lo pedía la misma importancia del asunto; lo exigía el deseo de unir á ese edificio un recuerdo de sus fundadores, una noticia de su origen.

En el hueco de una piedra, junto con un acta y periódicos, se ha debido depositar, al son de los suaves acordes de la música una lista de todas las personas que han contribuido con sus caudales á realizar la obra: de este modo, los nombres de los accionistas irán unidos á su preciado circo, y si, tras largos años transcurridos, las ruinas de lo que hoy se edifica ponen de manifiesto lo que hoy se ha guardado, los que entónces existan podrán conocer á esos bienhechores de su pueblo, que levantaron un edificio para la lucha terrible de la fuerza, cuando no lo tenían para las tranquilas lides del saber. (\*)

El que esto escribe pudo ser casi espectador del *solemne ac-*

(\*) La fiesta ha tenido tambien su pequeño Homero: ¿cómo habían de quedar mudas las musas ante grandeza tanta! He aquí el holocausto del ingenio, en el costoso templo de la tauromaquia que, felizmente pudimos recoger en medio de tal bullicio y de entusiasmo tan inmenso.

EN LA INAUGURACION OFICIAL DE LAS OBRAS DE LA PLAZA DE TOROS  
DEL PUERTO DE SANTA MARIA.

Bien hayan los de este pueblo  
Magnánimos protectores,  
Cuyos afanes prolijos  
Son proteger á los pobres!  
Bendiga Dios sus hogares,  
y tantas dichas otórgueles  
Como donde quier resuenan

Aplausos y bendiciones.  
Pronto al arte de Romero.  
De Cúchares y de Montes  
Se alzará templo grandioso;  
Con él tornarán entónces,  
El bullicio y la alegría  
Y los expansivos goces



to. Hallándose no léjos del lugar, sentado sobre una humilde piedra, consiguió poder apreciar el más notable incidente de aquella *triste* ceremonia.

La banda de música debía empezar una de sus piezas, y era necesario dar á la tocata un aire tauromáquico, era preciso hacer, algo que entusiasmara á aquel pueblo que presenciaba tranquilo el acto *solemne* de colocar la primera piedra.

Entre el confuso rumor de aquel pueblo, se oyó de pronto una corneta: no era fácil, para el que ageno estaba, comprender al momento qué era aquello.

Por fortuna, los taurófilos pudieron apreciarlo: los gritos, los hurras de entusiasmo dieron á conocer que aquella corneta, cuyo son había precedido á la música, había tocado lo que tantas veces se ha oído en nuestras plazas: *á salir el toro*.

Acaso sin este incidente podía haber pasado el acto, mas no debió ser, y no fué: el pueblo quedaba satisfecho: el *talento* había logrado comunicar al acto un tinte tauromáquico de que había hasta aquel momento carecido.

El autor de estas líneas, escritas con tristeza y sentimiento, no quiere equivocarse al afirmar que en medio de aquella gritería, en medio de los gritos de entusiasmo, que eran, sin duda, *honroso* premio de aquella *ocurrencia tan feliz*, la voz clásica de «¡Caballos!...» llegó más de una vez á sus oídos.

La fiesta fué completa: sólo faltó que tras aquella corneta, cuyo sonido entusiasmó á la gente, hubiera venido el *bicho* á despejar la plaza de curiosos.

Hay que congratularse de que tal no pasara: la aberracion del hombre no ha de curarse sino con la fuerza invencible de la idea.

Y despues de todo, acaso los enemigos de las fiestas de sangre y de barbarie, lleguen á ver un día el circo que hoy se construye á útil destino dedicado: no en valde trabaja la inteligencia, y la ciencia expone sus verdades: los años obrarán sobre las ideas notable cambio, y es posible que no hagan efecto alguno en el circo portuense. Entónces, tal vez las generaciones del porvenir puedan aprovecharse de una obra á tan sangriento objeto dedicada.

¡Si será la corneta que hoy sonó anuncio prematuro de tal cambio!...

E. THUILLIER.

De las taurómacas lides;  
Llevará el viento veloce,  
La fama de nuestras fiestas  
Hasta remotas regiones;  
Y las amenas veladas  
En las apacibles noches,  
Las músicas y las zambras,  
Que narraron trovadores,  
Volverán á hacer sentirnos  
Placenteras emociones;

Noviembre de 1978.

Y cuando de España entera  
Traigan trenes y vapores,  
A miles los forasteros  
A compartir nuestros goces;  
Cuando obreros é industriales  
Utilidades reporten,  
Henchida el alma de gozo  
Clamará el rico y el pobre:  
¡Viva el «Concejo» dignísimo!  
¡Viva «Don Tomás Osborne»!

JOSÉ MAYIRRI.



## APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

He aquí lo que se le ocurre á *Blasillo* al empezar, en *El Globo* del día 14, su reseña de la cuarta corrida de abono, verificada en Madrid el 13 de Mayo bajo la presidencia del Sr. Teniente Alcalde D. Luis de Santa Ana:

"Que la plaza había de estar llena en vísperas de San Isidro, ya lo sabíamos nosotros, como sabíamos que los *matadores* estarían ménos aun que *por lo mediano*, tratándose de estoquear reses de Miura, porque esto y mucho más lo sabían los chiquillos de la escuela; lo que ignorábamos en absoluto, era que la *autoridad competente* pudiera presidir con acierto la corrida hasta el punto de arrancar justos aplausos en más de una ocasión. Si las *grandes silbas* produjeran en todas las ocasiones los efectos que en el Sr. Santa Ana ha producido la que el público le largó el año pasado, debíamos silbar un día y otro á Casiano, á algunos diestros y á casi todos los toros. Pero estos correctivos no fructifican en los corazones desprovistos de amor propio."

¿Con que el Sr. Santa Ana ha progresado desde el año pasado acá? No ha ascendido en su carrera política, podemos decir, pero parece que aprovecha en su carrera tauromáquica. ¡Bravo! Y nosotros que creemos que la silva del año anterior le honra más que los aplausos del presente año! De modo que si por no tener amor propio el corazon de un toro merece una chifla, y por haberlo tenido el del Sr. Santa Ana ha llegado á conquistarse un aplauso, á nuestros ojos vale más el toro que el señor concejal con su amor propio en el corazon y toda su ciencia tauromáquica en el buche. Vean Vds. lo que es la manera de entender las cosas.

Pero en fin, conste, que tan acostumbrada se halla la *autoridad competente* á recibir chiflas en la plaza, y el público taurino á darlas, que lo que ménos podía esperarse de aquella, es que mereciera un aplauso. ¡Digo! ¿lo haría bien?

Sigue nuestro amigo *Blasillo*:

"Los toros únicamente son los que se van enmendando alguna cosilla; los otros aludidos... *nequaquam*."

Si ya lo sabíamos nosotros, que de puertas adentro, lo que más vale en la plaza son los toros y los caballos: ¿por qué sino tienen defensores los animales?

Tomo V.—Núm. 11.



"¡Que golpe de vista tan admirable ofrecía la plaza rellena materialmente de espectadores!"

Pero no nos parece que será para tanto *el golpe* que le sacrificamos la civilización y el decoro nacional; esto sería dar un batacazo tremendo! ¡Bah! mucha gente reunida se encuentra en cualquiera parte: ahora, reunida para cometer un delito de lesa-humanidad y un pecado de lesa-moral, eso confesamos que no; es preciso ir á la plaza á aguantar *el golpe*.

"¡Lástima que el Sr. Marques de San Carlos no haya podido gozar con la sublimidad del espectáculo!"

Pues háganle Vds. concejal; que santo por santa, mejor debe ser él que ella; lo que tiene, que este no es santo de la devoción de los taurófilos; ni en los tratados de tauromaquia se hallarían novenas para este santo: en libros de patriotismo, moral, dignidad nacional, ilustración, sano juicio y corazón noble y generoso, tal vez: más estos son libros que se hojean en los Parlamentos algunas veces y de los que se insertan páginas algunas otras en los periódicos. *El Globo* ha insertado varias, que hemos tenido y tendremos el honor de ofrecerle al Sr. Blasillo.

"No sabemos á que altura—continúa el revistero—se halla el texto de la moción *anti taurina* que piensa llevar al Congreso; pero si hubiera asistido á la corrida de ayer, para mí santiguada si no rompe y quema las cuartillas al entrar en su palacio."

¿Y por qué? ¿Cuántas veces ha roto las de sus revistas el Sr. Blasillo ante el grito de su conciencia? ¿Acaso es más eficaz *el golpe de vista* que presenta el circo en un día de *funcion*, que la voz severa de ese juez inexorable que se llama conciencia? ¿O es que el Sr. Blasillo ha tenido la desgracia de no oírla nunca? En ese caso, habrá oído á la prensa española; habrá leído las censuras que lanza con acento lastimoso ó indignado esa otra España que debía presentarse ante el Congreso á pedir justicia por los labios del ilustre Sr. Marques de San Carlos, contra los desafueros y las aberraciones de la gente de *pan y toros*. ¿No ha oído tampoco esos gritos, no ha leído esas protestas? Entónces es sordo y ciego.

Desengañase el Sr. Blasillo; por mucha que sea la gente que se amontone en la plaza de toros, hay mucha más en Madrid: además, Madrid no es España; es preciso perder la costumbre de creerlo así, siquiera porque la época lo exige y los vientos que corren huelen á descentralización que trasminan.



Sigamos.

"Difficil es marchar contra la corriente de la opinion de un puebl hoy por hoy, la de España vá derecha á la Muñoza."

¿Dice eso de veras el *Sr. Blasillo*? Cree sinceramente qu Madrid es España y que la opinion de unos millares de madrileños, *cogidos en los barrios extremos y vomitados á las puertas de la plaza de toros*, es la opinion de todo el pais? Ya nos pudiéramos contentar con que todo lo malo que hubiera en la nacion estuviese en la Córte y se reuniera un día en el circo; por muy grande que este sea, sería una felicidad que cupiese en él. He aquí una centralizacion que nos llenaría de placer. Mas por si acaso acierta el *Sr. Blasillo* y en Madrid y en su plaza de toros se encuentra, hoy por hoy, el pensamiento de España, es preciso darse prisa á romper los lazos que ligan á la cabeza con los miembros del cuerpo social, si no queremos que la nacion entera padezca la demencia del error y ceda al impulso de tanta crueldad y tanta obcecacion. El *Sr. Blasillo* nos hace pensar en las ventajas del cantonalismo, que empieza por cortar una cabeza enferma y por dejar á cada provincia que piense con la suya; de este modo, si juzga bien, eso se encuentra; y si juzga mal, al ménos será este mal propio; que no hay situacion más miserable y humillante que la de la esclavitud del error ó del vicio. La inspiracion del bien puede aceptarse sin desdoro, la del mal es estúpida y vergonzosa.

Veamos ahora lo que es la *Muñoza*.

"¡La Muñoza!! ¡Gran palabra! La Muñoza, casa de pupilos á la intemperie, en la que se hospedan los toros de todas castas que se lidian en la plaza de Madrid. La Muñoza, patrona cariñosísima, que no debe admitir pupilos á *seis rentes con principio*, á juzgar por lo relucientes y bien comidos que se presentan en el redondel. Algo bueno apostaría yo á que esa señora de *Muñoza* dá tres comidas al día á la española y chocolate con media tostada para desayuno.

En ese fértil prado, en ese oasis deleitoso donde los toros restauran las perdidas fuerzas del viage, se han quitado el *polvo del camino*, se han *adecentado*, se han *puesto la camisa limpia*, como quien dice, para entrar en Madrid, casi todas aquellas famosas reses, cuyos nombres consigna con orgullo la historia del arte, cuyos retratos al oleo adornan cien despachos de taurófilos *pur sang* (\*), y cuyas cabezas, primorosamente

(\*) LA ARISTOCRACIA.—Toda mi plebeya sangre se enciende cuando alguno ataca sistemáticamente esa inofensiva clase.

Comprendo que allá en plena Edad Media, cuando sus miembros eran señores de vidas y haciendas, y tanto les importaba ahorcar un vasallo, como profanar una abadía, como deshorrar una villana, fuesen objeto



disecadas por Severini, colgadas despues en los muros de las antecámaras de ricos *hoteles*, asustan á los niños, admiran á los sirvientes, sorprenden á las visitas, evocan el *memento* en los esposos, dan la voz de alerta á los solteros y substituyen á veces con maravillosa exactitud el nobiliario escudo del dueño de la casa, en los momentos en que el cuadro del blason está á componer."

Dejamos al *Sr. Blasillo* la responsabilidad de esta crítica y le aplaudimos sinceramente por ella; mas para completarla ponemos al pié, por vía de nota, un articulito que precisamente aparece en *El Globo* del mismo día, y en que se alude á esos taurófilos *pur sang*: refresque con él la memoria el *Sr. Blasillo*.

"En la Muñozá han pasado los toros, cuyos derrotes han hecho pasar á mejor vida á nuestros toreros antiguos más famosos: de su yerba han comido los que mataron á Montes, Bocanegra, Pepete y otros, y allí se han alimentado, por fin, los que hace poco hirieron á Frasuelo, Carmona y Lagares."

de odio y execración; pero que hoy, consagrados como están á vestirse á la moda, á ir á los toros, á matar pichones y á patinar, sean blanco de ataques más ó menos duros, eso, la verdad, no lo comprendo.

Por mi parte sé decir, que al verlos dedicados á matar pichones mientras los plebeyos matamos privilegios y algo más: á ir á los toros mientras vamos á las Academias y Ateneos; á correr por el hielo mientras corremos por el sendero de la ciencia; á pensar en el lazo de la corbata mientras pensamos en los lazos de unión de los pueblos, los miro con simpatía, con cariño, hasta con agradecimiento, cual si á ellos debiera lo poco que soy y valgo.

Y no ando tan descaminado como á primera vista parece.

¿Qué sería de mí, qué de otros plebeyos, si la aristocracia, en vez de ocuparse en tan inocentes pasatiempos, entrara de lleno en las corrientes modernas, combatiere en pró del derecho y la justicia, ó buscara la verdad científica? No pudiendo hacerle competencia por falta de medios, únicamente algún génio privilegiado ó algún favorecido por la fortuna, compartiría con ella el sacerdocio de la ciencia, el cetro del saber, la gloria de la dominación.

¿De quién es hoy el mundo? ¿De los que avasallan, de los que oprimen? No. El mundo es de los que estudian, de los que piensan, de los que trabajan. Unas cuantas líneas escritas en un papel á la opaca y nauseabunda luz de una vela de sebo y arrojadas desde una misera y estrecha boardilla á la multitud, bastan para trastornar el planeta.

Cada descubrimiento, desde la pólvora al vapor, desde la imprenta á la electricidad, desmorona un lienzo de la muralla del pasado, que sepulta entre sus escombros injusticias y errores, servidumbres y tiranías; y por si fuera poco aun, á lo mejor nos abrogamos los plebeyos la facultad de hacer noble á cualquiera, otorgándole en un pergamino, que el tiempo se encarga de poner amarillento para igualarlo á los otros, el derecho de dedicarse en el porvenir á las mismas distracciones que forman el encanto de los nobles de ahora.

¿Y puede hacer menos la aristocracia que divertirse al son acompasado de la piqueta que derriba el soberbio edificio de su antiguo poder? ¿De-



¿Cómo, pues, no se ha cercado ese campo, teatro de tales glorias y de tantos nobilísimos recuerdos? ¿Acaso no vale tanto como las montañas de Covadonga, el valle de las Navas, ó las llanuras de Bailen? Así como decimos: *aquí fué Sagunto, allí Numancia*, así agregaremos: y *allí la Muñeza*! No os parece bien? A nosotros perfectamente; y al *Sr. Blasillo* debe parecerle acertadísimo, puesto que prorrumpe con religioso respeto en la siguiente y bellísima apóstrofe:

"¡Oh pradera de la muerte, yo te saludo y reverencio! Permite, no obstante, que en mi arranque de entusiasmo, pida al cielo que esterilice tu terreno por aquel procedimiento de la sal, de que la Escritura nos habla."

Esto sí que tiene toda la sal del mundo: Y sigue:

"Porque si desapareciesen de sobre la faz de la tierra, los toros no

jarse gobernar por nosotros, obedecer las leyes que dictamos, privarse de sus títulos, si nos viene en mientes disponerlos así?

¿Y podemos nosotros aspirar á más que á sujetarla á nuestra voluntad, obligándola á recoger los fueros de la ciencia y del trabajo?

¡Un noble! ¿Que representa hoy un noble, si no tiene otros títulos al respeto y consideración de los plebeyos? Nada. Menos que un plebeyo significaba en los tiempos del feudalismo. Y la prueba es, que los plebeyos, á fuerza de protestas aisladas ó colectivas, de bajar á los calabozos ó subir al cadalso, consiguieron abatir la nobleza, y ésta no puede hoy amenazar en nada la influencia y el poder de aquellos.

¿Quién le hubiera dicho á los esforzados campeones de la reconquista, que sus inespugnables castillos habían de ser arrasados por el invento de un fraile, su soberbia humillada por otro fraile, sus privilegios destrozados por un reformador, y que los hijos de los villanos despreciados, y humillados, y colgados por ellos, habían de sobreponerse á sus ilustres hijos? ¡Ellos, que luchaban con reyes y los venecian, y que no tenían más ley que sus fueros ni más pragmáticas que su voluntad!

Al pensar en esto y en los esfuerzos realizados por nuestros ilustres ascendientes, los plebeyos, para llegar á este resultado, siento algo en mí que me enorgullece, algo que me haría entonar un himno en su alabanza, si yo fuese poeta.

Hoy no apreciamos bien sus esfuerzos, porque al nacer encontramos ya establecido un órden social que nos permite disponer de nuestro individuo; y no pensamos siquiera en que este derecho ha sido conquistado con lágrimas y sangre. Pero ¡ay! si hubiéramos nacido en aquellos tiempos terribles en que el Señor era árbitro de la vida y la honra del vasallo, en que los hombres luchaban por conservar á su dueño un pedazo de tierra donde sus mujeres pudieran llorar su deshonra y sus hijos ocultar su oprobio, entonces bendeciríamos de rodillas á los oscuros héroes de nuestra redención moral, á los mártires del derecho, á los apóstoles de la justicia.

Pero ahora advierto que me he salido de la cuestión.

No se me ocurre la manera de volver á ella, y hago punto final.—

JOSÉ NAKENS.



podrían *reviarse*, las corridas irían de mal en peor y acabarían por no figurar en la lista de los espectáculos nacionales, que es á lo que todo fiel cristiano está muy obligado, á pedir á Dios, de todo corazón....."

¡Fuego en la Muñoza!—Y que blasfemias hace decir al Catecismo el *Sr. Blasillo*. ¿Y para eso fué á la escuela?

"¡Oh, Muñoza, si desaparecieses, repito!... Toma, si desaparecieses, se buscaría otro terreno mejor donde estuvieran los animalitos á cuerpo de rey; y si no se encontraba terreno fértil á propósito, dada la afición mayor cada día al espectáculo este, no sería extraño que se le pusiese á cada toro una nodriza, pagada de fondos de beneficencia, por suscripción nacional ó por medio de un *guante* echado á los *amateurs*.."

Así debía ser en efecto; mas corrían entónces peligro los animalitos de morir de hambre. Sin duda es preciso prestar á todo esto que nos dice el *Sr. Blasillo* un sentido irónico: con el tonito que este sentido comunicaría á sus palabras, no habría inconveniente en aceptarlas: y entónces el gracioso revistero se nos presentaría como un hombre de talento.

"Apuesto una barrera del 2—dice luego—á que estaban los toros mejor cuidados que muchos párvulos de la clase media.."

Ya lo creo: pero para luego matarlos bárbaramente: la inquisición también ideó alimentar bien á sus víctimas para que resistiesen largo tiempo al tormento: y hay en la historia casos de barbarie en que se defiende al hombre de la muerte, con el fin infame de prolongar su suplicio; pero con la seguridad de que habrá de concluir el divertido espectáculo, exhalando el infeliz su último suspiro.

Esto que se hacía con los hombres en el circo romano, se hace con los toros en los circos españoles: ¿se dirá que no hay progreso? Creemos que si se pregunta á los taurómacos, dirán que sí; pero si se les preguntara á los toros y pudieran contestarnos, dirían que no seguramente, si es que no nos daban una cornada al oír nuestra estúpida pregunta.

Sigue el revistero:

"Sugiérenos estas reflexiones la entrada colosal que se coló ayer tarde por la gaveta de D. Casiano. Apenas puede Carmona servirse de su mano estropeada, aun no se han cicatrizado del todo las graves heridas de Frascuelo, moribundo tal vez se encuentra el desgraciado Lagares, tendido sobre una cama del Santo Hospital, motivos todos para que el público se retrajese de acudir á una función que tales accidentes suele producir, y en vez de ser así, aumenta el deseo de presenciarlas, las entradas son mayores cada día y de tal suerte se acostumbra el público á las cogidas, que, cuando no las hay, parece que echa algo de ménos.."

Quedan hechas las apologías del espectáculo y del público.



Segun eso ¿no es piedad lo que se siente por los toreros, ni siquiera interés, puesto que se olvidan los lidiadores heridos y hasta moribundos? luego ¿lo que arrastra á la gente á las casas de las víctimas del toreo, es la novelería, la moda, la necesidad.....? Bueno es saberlo: en; efecto anúnciese otra corrida, y las calles y los portales de las casas de los toreros heridos quedarán desiertos. ¡Qué desengaño para esos infelices!... ¡Y qué prueba más patente del estado lastimoso en que pone esa afición el corazon y la cabeza! ¡El público echa de ménos las cogidas! ¿Qué público es ese? ¿De donde sale? ¿Qué vale? ¿Qué es lo que quiere? ¿Y ese es el país? Pues cualquiera dirá que es un país de desalmados. Oh: no; eso no puede ser: si lo es allí, en Madrid, no lo es en otras partes; si lo es hoy, no lo será mañana.

Y sigue el *Sr. Blasillo* remachando el clavo, aludiendo á la corrida de este modo:

“¿Qué tal?—Regular.

¿Ha habido cogida?—No.

Este monosilabo ha sido pronunciado con cierto acento de disgusto. El diálogo es histórico. Lo hemos oido anoche, á las diez, en el café del Brillante. Eran los interlocutores dos personas bien vestidas.”

*El hábito no hace al monge.* Qué importa que el traje sea bueno si el corazon es malo; preferimos el otro adagio que dice: *Bajo una mala capa se encuentra un buen bebedor*; por eso entre un modesto artesano de callosa mano y honrado corazon y un perfumado aristócrata con los dedos forrados con guantes *lila* y el pecho vacío de nobleza y sensibilidad, hay que optar por el primero. Desearíamos tener influencia bastante sobre cuantos van en España mal vestidos, para sacarlos de la Plaza y dejar sólo en ella la gente bien portada y lujosamente puesta. Feliz España si un dia se hallaran todos los aristócratas en la Plaza de toros y todo el pueblo en sus fábricas y talleres: tal disposicion de escena anunciaría en la comedia social un próximo desenlace alumbrado con luz de aurora.

Y sigue *Blasillo* exclamando:

“¡Fuerza de la costumbre, como encalleces el corazon!”

No es mentira, ciertas costumbres embotan la sensibilidad, ó lo que es peor la pervierten. Bueno es que lo reconozcan los aficionados al toreo, para cuando salen por ahí diciendo otros que la Plaza de toros es una escuela de valor y ardimiento, que pue-



dan contestarles que nunca el esfuerzo nació de un callo, ni es posible que dé ánimo lo que destroza el alma. El valor es cualidad humana y la barbarie es cosa de fieras: quien no tiene corazón es más bien cobarde que valiente; porque sin atreverse á arrostrar las iras de un toro, permanece insensible cuando vé á un hombre espirar traspasado el pecho de una cornada. A presenciar horrores puede el hombre acostumbrarse: este es todo su valor; á arrostrar peligros, por diversion no se acostumbrará nunca: esta es su cobardía.

Para ver morir á los hombres inútil y torpemente, no se necesita valor sino inhumanidad; para esponerse á morir en defensa de caros intereses y para grandes provechos y altos fines, si se necesita de un gran corazón; mas este no se adquiere, y ménos en la Plaza de toros, donde es seguro que no existen otros corazones que los que suelen verse en pedazos destrozados por los cuernos del toro.

Y aquí viene muy á pelo el cuento con que el *Sr. Blasillo* termina el preámbulo de su revista.

"Había cólera en Valencia—dice el revistero—*Blasillo* vivía en el Cabañal, la gente se acostaba muy temprano, y como yo necesito sociedad, por la noche sobre todo,—me gusta acostarme tarde,—me hice amigo del sereno de mi calle.—¿Cómo vá eso, Pascual?—le pregunté al sereno refiriéndome á la marcha de la epidemia.—Muy bien;—me contestó;—no puede ir mejor. En tres dias no ha habido más que un caso,—¿Ha muerto?—Hace una hora.—¿Quién era?—Mi mujer.

Y, pásmense Vdes, se llevaba bien el matrimonio,

Hagan Vdes. los comentarios que gusten."

Eso decimos nosotros: la epidemia de la barbarie no ha ofrecido este año más que un caso: *Madrid*: y, pásmense Vds. España se lleva bien con Madrid.

Y sigue la reseña de la corrida, que no ofreció en efecto nada de particular, más que los aplausos para el Sr. Santa Ana, y que, puesto que no hubo ni siquiera una cogida, pudo llamarse una mala corrida.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.